

Prólogo

Ángel Palerm fue uno de los autores que aparecieron en *Cuadernos de Desarrollo Económico y Social*, una publicación que editaba el Instituto Balmes de Sociología perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, precisamente el organismo que en este momento, cuarenta años después, colabora a través de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla en la edición del interesante trabajo al que estas líneas abren paso. En ese mismo número también participé yo. Palerm realizó un artículo sobre las experiencias de desarrollo social llevadas a cabo en Israel. El mismo tema constituyó el objetivo del mío, como también del que se publicaría en el número siguiente. Fue mi primera coincidencia con un profesor e investigador entonces ya con reconocida solvencia internacional, lo que no fue óbice para que ese *español de y en México* llevara a cabo posiblemente su primer trabajo en el país en el que nació y estuvo a punto de morir¹ y del que se vio impulsado, aún en su adolescencia física, que no moral, a exiliarse. En mi caso también se trató de lo primero que publiqué en España... y en otros sitios. Todavía era un estudiante, condición que no abandonaría hasta varios años después.

Palerm, todo un técnico en la materia había visitado la experiencia israelí, mientras que yo llegué a ese mismo lugar como becario para estudiar las técnicas de desarrollo rural, una materia sobre la que deseaba dirigir mi futura especialización. Israel era uno de los países que en aquella época no mantenían relaciones diplomáticas con España; su Estado ni siquiera había sido reconocido por el gobierno de Madrid. Más allá de opiniones políticas se abría paso un creciente interés por lo que allí sucedía, un lugar al que aún muchos españoles denominaban Tierra Santa. Las experiencias de los *kibutzim* —originales colonias agrícolas, participando *in illo tempore* de un régimen de vida y trabajo integralmente comunitario—² ejercían una cierta

1 Un resto de metralla recibido en el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid le originó un cuarto de siglo después una irremediable enfermedad que causó su fallecimiento.

2 En realidad, la palabra es comunista, término que evito, más que nada, para no inducir a equívocos.

atención e interés en algunos sectores intelectuales ocupados y preocupados por horizontes de cambio social. Quizá por este motivo el Director del Instituto Balmes de Sociología, a la vez profesor de Historial Social, me ofreció ser ayudante de su asignatura, una serie de conferencias, la publicación de varios artículos en la revista el Centro, y además la obtención de una beca en la —¡quien me lo iba a decir a mí entonces!— institución donde acabaría muchos años después y tras un largo e intrincado itinerario laboral y docente como funcionario. Del mismo modo, tampoco me imaginaba que en tiempos y espacios lejanos y en tan diversas circunstancias y experiencias coincidiría con quien firmaba el otro artículo sobre Israel. Y, aún menos, que ampliamente superadas cuatro décadas tuviera la satisfacción de aproximar mis líneas a las suyas también en una publicación en la que colaboraría el CSIC.

A otro de aquellos *españoles de México* o *mexicanos de España*, Esteva Fabregat, le perteneció el mérito de ejercer un gran protagonismo en el desarrollo e institucionalización en España de la Antropología Social —él la designa cultural—. A su ciencia, conciencia y docencia debo, entre otras cosas, el haberme acercado al conocimiento y ejercicio de esa disciplina. Igualmente le soy deudor por haberme proporcionado un trabajo en una organización internacional de América Central, que, además de haber constituido mi primer contacto con esa realidad, propició la que iba a ser mi especialización profesional para el resto de mi vida: América Latina.

Como un auténtico padrino, Claudio Esteva *nos* —a mi cónyuge desde unos días antes y a la vez su alumna y a mí un híbrido entre amigo, admirador y precario discípulo— aprovisionó de un nutrido y selecto repertorio de contactos y recomendaciones. Hoy tengo que reconocer que no fui consciente de su auténtica validez e importancia. Aunque realizamos diversas visitas en lo que no dejaba de ser en buena parte un viaje de novios, las dos más importantes tuvieron lugar precisamente con Karl Wittfogel y Ángel Palerm.

El matrimonio Wittfogel nos acogió en su domicilio, un apartamento del West Side cercano a la Columbia University. Mi impresión no fue en modo alguno decepcionante. Wittfogel se parecía a lo que yo me imaginaba; un compuesto de Trotsky y del estereotipo del profesor universitario de aquella época. No obstante, a pesar de lo favorable del impacto y de su arrolladora personalidad, con veintiocho años, y quizá por tener esa edad, tuve la osadía de discutirle y de querer “enmendarle la plana”. Concretamente pretendí discutir sus tesis sobre las civilizaciones hidráulicas. Nuestras respectivas parejas calmaron los ánimos. El café, los dulces y la

muestra de sus fascinantes investigaciones —con un dominio de enfoques que me parecían más cercanos a Levi Strauss que a quien desarrolló toda una teoría sobre las líneas evolutivas y características de los despotismos orientales— concluyeron con la discusión.

Wittfogel y otro de sus compañeros comunistas de Alemania fueron los únicos que no asistieron en Rusia a cierta convocatoria a un grupo de notables militantes comunistas en la ya peligrosa, para ellos, Alemania nazi. Y también fueron los únicos a los que no eliminó la policía stalinista. Contado en primera persona por el propio protagonista de la historia me causó una profunda impresión. Por aquella época ya se habían destapado los errores del stalinismo que eran reconocidos hasta en la propia Unión Soviética. Pero yo no esperaba que entre galleta y galleta, en medio de relatos etnológicos y a dos pasos de Central Park un “primer espada” de la elite intelectual occidental me lo refiriera. Como ya he dicho, mi atrevimiento alcanzaba a discutir hasta donde existía teóricamente un paralelismo entre los despotismos orientales y las “dictaduras del proletariado”, pero en modo alguno esperaba que en aquel piso del West Side mi osado enfrentamiento dialéctico con aquel argumento concluyera en KO.

Guatemala era mi destino final, pero pocos días después de mi entrevista con Wittfogel recalé en México. Mantengo aún viva la impresión, más bien constelación de todo tipo de impactos, que aquella primera y lejana visita originó en una pareja que no estaba segura de si lo que deseaba era participar en la conquista del mundo o aspiraba a que el mundo los conquistara a ellos. Y bajo uno u otro papel acometí la tarea para la que me había preparado Esteva Fabregat: contactar con la flor y nata de la elite de científicos sociales instalados en México. Ángel Palerm, uno de ellos, no sólo me recibió, sino que también se esforzó en facilitarme la introducción en ese ambiente. Según parece en alguna de aquellas reuniones asistió una de sus devotas alumnas, la actualmente Doctora Alba González a quien se debe la introducción y preparación de este trabajo.

Ángel Palerm entonces era profesor de la Universidad Iberoamericana —la de los jesuitas, aclaro para los españoles desconocedores del hecho—. Universidad que recientemente en homenaje a su memoria le ha otorgado su nombre a una de sus aulas. Estaba reconocido como una eminencia en Etnología y Antropología, e igualmente en técnicas para captar esas realidades y, lo que es más importante, en el modo y manera de desenvolver la actividad investigadora. Creó escuela. No voy a decir que ya era un maestro por respeto a los lectores mexicanos, ya que en México se designa como *maestro* a todo profesor y él se encontraba en un nivel muy por en-

cima de la categoría de profesor. En México, como en Estados Unidos o en España, encontramos actualmente “maestros” que en su momento recibieron sus enseñanzas y orientaciones. Personalmente el primer texto que utilicé, cuando al regresar a España me convertí en profesor de Antropología, fue su *Introducción a la Etnología*, y asimismo emplee las orientaciones técnicas y el material que él recopiló durante su estancia en la Organización de Estados Americanos.

Pero Palerm fue un “maestro” —permítaseme hablar con “españolidad”— de amplio espectro. Docente, investigador y teórico. A su protagonismo académico e intelectual se debe la introducción en el universo hispanoparlante, y especialmente en México, del evolucionismo multilíneal y de quienes, como Steward, fueron sus figuras más destacadas. Además fue mérito suyo no sólo la revisión que hizo de Carlos Marx, sino el hecho de reinstalarlo en una posición tan alejada de sus adoradores, como de sus detractores, con el objetivo de situarlo en un nuevo tiempo histórico y científico y en un espacio —ecológico y tecnológico—, aprovechando de él todo lo que resultara operativo. No niega su importancia histórica y aportación científica, pero se aleja de cualquier tipo de dogmatización. Es más, señala sus errores y rechaza las prácticas y experiencias a las que condujo. Estimo que a Palerm no se le puede señalar como marxista, ni siquiera como marxiano, sino como quien valora, amplía y reorienta en un polivalente contexto doctrinal y científico las teorías derivadas de Carlos Marx.

A mi entender, existe aún otro elemento más valioso de Palerm que consiste en que sus concepciones antropológicas, distintas de las orientaciones seguidas por bastantes antropólogos anglosajones, incluyen la interpretación histórica. Interpretación que no obvia el nicho ecológico, ni el modo de producción dominante en ese momento histórico. Se preocupó por explicar determinados acontecimientos contemporáneos con antecedentes socialistas y políticas de experiencias situadas en el pasado.

La agricultura en la Mesoamérica prehispánica y los sistemas hidráulicos que configuraron política y económicamente los estados que fueron arrasados por el choque de civilizaciones derivado de la “invención de América” constituyeron temas de prioritario interés para Ángel Palerm. De esta preocupación, acompañada por el bagaje teórico que informaba acerca de su pensamiento, surge el punto de partida que origina la discusión con Karl Wittfogel recogida en este libro.

El tema es importante porque, por encima de la disquisición teórica, sitúa a los grandes imperios prehispánicos en un modelo que no corresponde al propiciado por la visión etnocéntrica europea. Las civilizaciones

hidráulicas, los despotismos orientales, el modo asiático de producción, etc., categorías empleadas en el análisis de Wittfogel, resultan más apropiadas y ajustadas a la realidad americana que los tradicionales *clichés* utilizados por una buena parte de la historiografía mimetizada y contaminada de prejuicios —en el sentido más técnico y etimológico del término— europeos. En cualquier caso llevar la discusión a ese campo da lugar a enfoques originales y estimula el análisis desde nuevos puntos de vista capaces de enriquecer el estudio de ese oscuro período histórico.

En la época en que llegué a México y conocí a las tres personas que activa o pasivamente participan en la discusión objeto de este libro, Wittfogel estaba de moda, en México y minoritariamente en algún otro sector de América Latina, a causa de que sus teorías facilitaban la interpretación de la historia prehispánica.

En Europa por distintos motivos, el tipo de civilizaciones derivadas del acceso y utilización de importantes aportes hidráulicos en medios áridos o semiáridos había dado origen, de acuerdo con las opiniones del antaño profesor alemán y entonces norteamericano, a estados centralizados que derivaron en despotismos. Por otro lado, se opinaba que, igualmente, no habían logrado altos niveles de bienestar social, ni una incorporación social del desarrollo científico y tecnológico, originado sólo en núcleos próximos al poder político y religioso. Opiniones que contaban con partidarios y detractores en las propias filas del marxismo, pero que también conducían a establecer paralelismos entre los despotismos orientales y los centralizados estados socialistas creados por la Revolución Bolchevique.

Una opinión ajena al debate que aquí nos ocupa, pero que preocupaba en muchos medios intelectuales y políticos y, deduzco por una conversación privada que sostuve con Ángel Palerm que él también participaba de ese mismo temor. Concretamente me mencionó el término *naturaleza*, en su condición filosófica y no física, como explicación de la inapropiada deriva a la que conducían determinadas experiencias políticas. Primero Wittfogel en Nueva York y después Palerm en México procedieron con su autoridad académica y con la carga de sus vivencias históricas —ambos habían transitado por la militancia comunista— a desmontar mis rígidos, pero evidentemente frágiles, esquemas mentales que adquirí en España y Francia y transportaba en el equipaje intelectual que me acompañaba a una América políticamente convulsa y socialmente injusta que pugnaba por la adquisición de un nuevo modelo social, político y económico.

En este libro se trata un debate que considero no es una simple disquisición intelectual al modo de la que son muy aficionados determinados

medios académicos. Tampoco forma parte de algo superado. Por mucho que se empeñen los hoy predominantes partidarios del “pensamiento único”, el paradigma en el que se apoyan no es muy estable. La desintegración de los marcos solidarios que han constituido las bases de la sociabilidad y la degradación ambiental retroalimentada con un crecimiento de la población exigen que en un futuro –no excesivamente lejano– precisemos incorporarnos a no sabemos qué paradigma, pero ciertamente intuimos que será diferente al que aparece como vigente. Y en ese inquirir por nuevos paradigmas tenemos forzosamente que recurrir a modelos sociopolíticos en los que la experiencia actual nos conducirá a relacionarnos con el medio ambiente –físico y/o cultural–. En esa búsqueda de nuevos horizontes las interpretaciones respecto a las civilizaciones hidráulicas y las del fallido “socialismo real” traspasan el interés académico para proyectarse en un horizonte de interrogantes respecto a lo que fue, lo que debió ser o lo que puede ser.

Por este motivo, cuando se me propuso llevar a efecto una presentación de este pequeño, pero sustancial trabajo, lo acogí con auténtica satisfacción. En él coincido con viejos conocidos: el CSIC, la Universidad Iberoamericana, Kart Wittfogel y Ángel Palerm, e incluso también con la Dra. Alba González. Circunstancias y personajes ligados a México, a mi México. En México prácticamente me inicié profesionalmente y en México me encuentro gastando los últimos años –institucionalmente me refiero ¡y espero!– de una vida que dediqué al estudio, investigación, docencia, así como a la búsqueda de unos horizontes de justicia y libertad.

Muchas gracias a todos estos protagonistas, personales o institucionales por facilitarme este reencuentro.

Juan Maestre Alfonso
Sevilla, mayo de 2007